
MIS CONVICCIONES
SOBRE LA
USURPACION DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Quito 1847

MIS CONVICCIONES SOBRE LA

USURPACION DE LOS ESTADOS PONTIFICIOS.

I.

Si como hombre público he tenido la honra de protestar, á nombre de mi Gobierno, contra la usurpacion inicua de los Estados de la Iglesia; si como Ministro de Estado he cumplido con el deber de expresar la voluntad del religioso pueblo y Gobierno ecuatorianos; como republicano y como católico, me creo obligado tambien á levantar la voz contra el ultrage á la justicia y el violento ataque al sagrado derecho de propiedad, que el Rei Víctor Manuel consumó con escándalo el dia 20 de setiembre del año próximo pasado.

Al desbaratar con mano sacrílega la Tiara sagrada del Jefe de la Iglesia; al ultrajar al heredero de San Pedro, atacando su soberanía y privándole de libertad; ese mal aconsejado Monarca, víctima de la méfítica influencia de la francmasonería europea, ha hollado sacrílegamente el Altar del Crucificado y ha herido en el alma á los millares de católicos que pueblan la tierra. Recuerde, y no olvide, que hasta hoi ningun mortal ha ultrajado á la Iglesia y violado el Santuario impunemente. No han pasado 70 años todavía, que Reveillere-Lepaux escribia á Bonaparte estas palabras: "Es

preciso impedir que se dé sucesor á Pio VI, y aprovechar las circunstancias para establecer en Roma un Gobierno representativo y librar á Europa de la supremacía pontificia," que el impío Directorio introducía el culto absurdo teofilantrópico, excluyendo de los altares el sacrosanto rito de la expiacion. No se pierde todavía la memoria de Voltaire, Cabanis, Lalande, Volney, Parny, Pigault-Lebrun y Silvano Marechal, que predicaban y defendían el ateísmo, publicaban su diccionario y aconsejaban la emancipacion de las sociedades humanas de la influencia religiosa, sacerdotal y pontificia. Derramando á torrentes el ridículo sobre lo mas santo y venerable, pretendían derribar á Jesucristo de los altares y al Papa de su trono. ¡Vana y ridícula pretension de la soberbia humana! La crisis pasajera del catolicismo sirvió mas bien para su engrandecimiento; por todas partes renació la necesidad de fé, de consuelos religiosos; los pueblos anhelaban refugiarse á aquel que es Padre y amigo inmortal; suspiraban desolados por aquellos ritos que debían reconciliarlos con el Dios que consuela, é invocaban la cruz para que les enseñase la paciencia. Los libres pensadores se espantaron de su impotencia, abandonaron su infructuosa obra de demolicion y bajaron la cabeza aturridos. Los filósofos que dijeron, cuando murió Pio VI, *hemos sepultado al último Papa*, vieron con despecho reunirse un Cónclave y á la sombra de las victorias del Norte, elevarse al Pontificado el célebre Obispo de Inmola que, con el nombre de Pio VII, vivirá siempre para la posteridad, y oyeron decir á Napoleon estas palabras: "Alejandro pudo llamarse hijo de Júpiter sin ser contradicho, y un Monarca como yo, encuentra en su camino un sacerdote mas poderoso, porque reina sobre el espíritu, y yo solamente sobre la materia."

El Arca santa del catolicismo no desaparecerá ja-

más; ni el huracan de las pasiones, ni la tremenda tempestad del indiferentismo religioso de este siglo, ni las borrascas provocadas por la impiedad, con el halagüeño nombre de progreso, serán capaces de hacer naufragar la barca del Pescador. Los cimientos que sostienen el trono del Pontífice, son sólidos é indestructibles y en todo diferentes de los que sostienen las débiles Monarquías, á cuyo derredor están royendo siempre los demagogos turbulentos. Miéntas que Mazzini, Garibaldi y su comparza, no han podido mellar una sola partícula de la piedra angular de la Iglesia, han cabado ya la profunda mina que mas tarde hará volar al Rei de Italia y su dinastía; miéntas que el infierno entero disfrazado con el frígio gorro de la Libertad huye derrotado, abatido y mordiéndose de despecho por la definicion del santo dogma de la infalibilidad, la Italia se alarma, y palidece su Rei, con solo un movimiento del impío demagogo de Caprera.

II.

No dudando que los pueblos libres aman mas la justicia, que bajo el hermoso sol americano progresa diariamente el catolicismo, y que la noble raza latina jamás puede ser indiferente á los males que afligen al Venerable anciano Pio IX es á los americanos del Sur y á los católicos á quienes me dirijo. Demasiado ocupados en el antiguo continente con la obra de destruccion y aniquilamiento en la tierra, no han tenido tiempo quizá para pensar en el cielo, y proteger el catolicismo en la persona de su Jefe, auxiliando al débil contra los ultrajes del fuerte, salvando al inocente de las garras del astuto, y la inviolabilidad de la ciudad eterna, de las pérdidas intrigas é injustificable invasion del Gabinete de Florencia y sus huestes desenfrenadas.

Hoy que se proclama el reinado de la inteligencia y del pensamiento, la supremacía de la razón y la justicia; hoy que justamente se reconoce como un axioma, que el único poder legítimo, es el que nace de la voluntad del pueblo; hoy que no se reconoce más aristocracia que la de la virtud, inclinándose solo ante ella; debemos también reconocer como el poder monárquico de origen más legítimo el de los Pontífices, defenderlo y respetarlo como la fuente de todo bien y el foco de la luz y de la ciencia. La Italia, víctima de la discordia y de la guerra, no ofrecía estabilidad alguna en sus instituciones civiles. Dominada por muchos Señores sin derecho, había una revolución á cada vacante por aumentar sus propiedades, franquicias y poder. Los griegos, los francos y los longobardos afligían á los pueblos, ora por el instinto del saqueo, ora por inspiración de los Emperadores de Oriente. Cansado el pueblo de sufrir, víctima de la rapacidad de pequeños tiranuelos, vió con placer el nacimiento de otro poder y germinar el árbol que, más tarde, echando hondas é indestructibles raíces, se elevaría magestuoso como el roble secular de la montaña, que resiste indiferente á la furia del huracán.

No habrá uno solo que conozca la historia de aquel tiempo y se atreva á negar que los Pontífices adquirieron el poder temporal por la ciencia y la virtud, y no solamente por la supremacía del sacerdocio, sino también por la justicia con que conciliaban los intereses personales. El advenimiento de los Papas á las dignidades civiles fué el triunfo de la civilización sobre la barbarie. La práctica de la virtud en el ejercicio del poder fué dando todos los días más popularidad al Gobierno Pontificio, y los pueblos huyendo de los Exarcas, Duques y Señores feudales ocurrían al clero, á los Obispos y al Pontífice para la definición de sus derechos. La Iglesia era el guardian de

la propiedad, el único centinela del orden, el valiente campeón de la virtud; en una palabra, el único manantial de donde fluía consuelo para el que sufría, moderación para el poderoso y consejo para el ignorante. La verdad y la justicia debían triunfar de la mentira y la corrupción, el estudio y la ciencia sobreponerse á la ignorancia, y los Pontífices virtuosos y sabios ascender á la categoría temporal de los Reyes: así sucedió; y he aquí en compendio el origen de su poder temporal. Las garantías para los ántes oprimidos pueblos, el auxilio y protección al huérfano, al anciano y la viuda, fueron las bases sobre las que nació este poder y las columnas que le apoyan y robustecen hasta hacerle hoy no solamente útil sino también necesario. Lo que se ha dado en denominar injustamente tiranía de los Papas, dice un escritor, estaba fundada en este pensamiento: “Humillar para ilustrar, no para envilecer. Atribuir el engrandecimiento de la autoridad pontificia á astucia y ambición, es ignorancia ó locura; pues si muchos Papas brillaron por su entendimiento, otros solo se distinguieron por su bondad: hubieran podido ensanchar sus Estados ó aumentar su poder político, como los Príncipes; y sin embargo, no lo hicieron ni adquirieron un palmo de tierra por el medio que emplean comunmente los Reyes,—la conquista. Diferentes en carácter, pasiones, afectos é ingenio, propendieron al mismo fin todos, variando únicamente en los medios; de uno en otro se transmitieron una voluntad constante en las cosas de un orden superior, mientras que en los de la tierra siguieron una política fluctuante, como los hombres; de donde resultó, que ejerciendo en las primeras un poder irresistible, en las otras les costaba trabajo defenderse del mas débil enemigo: varones iguales á los Pontífices como dominadores, pueblos rebeldes ó Re-

yes ambiciosos quitaron al Papa sus posesiones y le tuvieron preso; pero entre tanto, su voz resonaba temida y venerada en las comarcas mas remotas, alegrándose los pueblos de que se sobrepusiese á los grandes un poder capaz de detenerlos en la senda del delito y de hacer imposible el despotismo, el cual solo se efectúa cuando los Reyes se persuaden que no hai nada superior á ellos.”

III

La historia convence hasta la evidencia del engrandecimiento y desarrollo que han tenido los pueblos bajo la dominacion Pontificia y de los inmensos beneficios que al catolicismo y sus ministros debe la civilizacion y el progreso. Conocido es que en los siglos de mas ignorancia, en los tiempos mas calamitosos y estériles, las ciencias, y las artes se refugiaron en los cláustros y que solo de ellos salian débiles destellos de luz, que cual rápidos meteoros, atravesaban por el oscuro caos del universo. Los conventos y los frailes guardaron entónces con el cariño y solicitud que una madre á sus tiernos hijos, las ideas que, con el estudio posterior, han producido los grandes principios y la civilizacion. Los frailes y los clérigos, soldados del pontificado y ministros de su poder, son acreedores á la gratitud y á las bendiciones de la humanidad; pues han hecho mas por el progreso, que toda la turba de impíos demagogos adoradores de la *Diosa Razon*, que todos los espíritus exaltados de la escuela socialista, que todos esos charlatanes disfrazados de apóstoles, que predicán caridad y amor al prójimo robándole su dinero y escondiendo un puñal entre los pliegues de la capa. Libres pensadores, si amais la justicia, si deseais el progreso, si pretendéis la verda-

dera felicidad de vuestros semejantes, respetad y enseñad á respetar la santa religion, á la cabeza visible de la Iglesia y á sus ministros; alzad el grito contra los usurpadores de su poder y trabajad en restituirle la libertad é independendencia, indispensables para el ejercicio de su augusta mision.

Si Roma págana fué testigo de actos sublimes de abnegacion y patriotismo y de acciones heróicas; si fué la cuna de varones ilustres; presenció tambien horrendos crímenes y abrigó en su seno hombres corrompidos y malvados. Si se engrandeció adueñándose desde las faldas del Atlas hasta las riberas del Rhin, y desde las aguas del Eúfrates hasta las del Atlántico; la Grecia con sus oráculos y Alejandro con su espada, la humillaron y rindieron. Si es cierto que bajo el cetro de los Reyes, cuando la República aristocrática, en tiempo de la democracia y con el triunfo del militarismo descollaron los Horacios y Curacios, Bruto fundador de la República, Cincinato, Octavio, Séneca y Marco Aurelio; no lo es ménos que la vida de todos estos hombres está manchada con hechos que, aunque humanamente heróicos, la religion los condena; y que fuera del catolicismo, mui rara vez se encuentra esa virtud sublime que eleva al hombre hasta su Criador, ese elemento evangélico de civilizacion, que arrastra consigo todas las virtudes, y se llama caridad. No es ménos cierto tambien que, bajo el suave gobierno de los Pontífices, Roma ha sido mirada como la Señora del mundo y la legisladora universal, que con el influjo fécondo del catolicismo, ha visto progresar las ciencias y las artes, y elevarse sobre todos los hombres, en alas de la virtud, á millares de santos y de mártires que hoi veneramos en los altares, cuyo valor y abnegacion no encuentran parecido. Los Papas, constantes protectores del genio, han enriquecido el mundo con las pin-

turas de Miguel Angel y Rafael, con las estatuas de Sellini y de Canova, con las obras arquitectónicas de Leonard de Vinci, Sanzio y Peruzzi y, en fin, con las obras literarias que por millares circulan en todos los idiomas y que, por lo mismo, es innecesario enumerar. La memoria de Inocencio III, Sixto V, Benedicto XIV, Pio VII y Pio IX será grata para el sabio y el artista, lo mismo que para el ignorante y el laborador.

IV.

Escribir gruesos volúmenes sería menester para hacer una reseña histórica y comparativa del estado actual de la Italia, de Víctor Manuel con los Estados Pontificios de Pio IX; reservando este trabajo para otros, me limitaré, por ahora, á decir en compendio dos palabras de lo que personalmente he visto y experimentado.

Hace diez y ocho meses que visité la Italia y la Ciudad Eterna. Testigo soi del estado á que ha reducido la política del Gobierno italiano á la antigua reina del Adriático, al usurpado reino napolitano y las demas ciudades cisalpinas. ¡Ah! con cuánto placer se aspira en Roma el embalsamado perfume del incensario, despues de haber sentido en Florencia, Turin y Milan el infecto olor del vicio. Con qué inefable y dulce paz se ruega á Dios por un padre, una madre ó un amigo en las imponentes basílicas, despues de atravesar las desdichadas ciudades en que la munificencia masónica ha trasformado las iglesias en graneros y los conventos en cuarteles. Con qué curiosidad y entusiasmo se recorren los preciosos y antiguos manuscritos, maestros de la ciencia del pasado y del porvenir, que con tanto esmero se guardan en las bibliotecas pontificias,

después de haber visto los de las ciudades donde impera la sabia demagogia, arruinados y convertidas en almacenes las librerías.

Si la pobreza del pueblo es una señal para conocer su decadencia, no habrá viajero que, al pisar el suelo de la Italia, no se crea transportado al Mogol ó la Abisinia. Una muchedumbre extenuada y andrajosa pule sin ocupacion por todas partes y rodea al extranjero para repetirle las proclamas de Garibaldi, contarle las historias de los bochinches, que ellos llaman batallas, y en un momento propicio, desvalijarle los bolsillos. Las marcas ocasionadas por el vicio atribuyen siempre á la fatiga de las campañas ó al estrago de las balas. Los *Lazaroni*, *Naquinos* y *Chicherones* viven á costa de los pañuelos, carteras y relojes del viajero, sin cuidarse de la policia que, por su lado, no se ocupa mas que en rastrear conspiraciones. Debe, sin duda, ser prohibido manifestar en público, el amor que profesan los pueblos italianos á su Rey, pues he visto atravesar á Víctor Manuel las hermosas calles de Milan entre un silencio sepulcral, poniéndose muchos en precipitada fuga por evitar su presencia (lo contrario de lo que sucede en Roma cuando sale el Papa); las calles por donde debia pasar quedaron desiertas; pero al dia siguiente el periódico oficial decia estas palabras: "S. M. atravesó ayer en carruaje descubierto las principales calles de Milan, recibiendo las ovaciones y entusiastas aplausos del pueblo."

En Nápoles, una de las ciudades mas bellas, industriosas y mercantiles de Europa, se encuentran tambien obreros sin trabajo, banqueros sin negocios, comerciantes sin clientela, profesores sin ocupacion y maestros sin discípulos, y de repente tambien, jóvenes de gallarda apariencia, que con el cigarro en la boca y los modales mas estudiados, se aproximan al extranjero para

ofrecerse como los mas hábiles rufianes. Allí he visto el hermoso y admirable convento donde el austero y penitente instituto de San Bruno ha producido tantos ilustres y santos varones, convertido en cuartel de soldados sin disciplina, afanados en destruir las estupendas obras de mármol y alabastro; profanando ese ántes silencioso albergue de la virtud con las cantinelas y palabras mas indecentes. Tambien el antiguo hogar de los sabios hijos de San Ignacio, he visto destinado á lo mismo, y he leído sobre sus puertas esta cínica inscripcion: *Cuartel jesuítico*. Pero todo esto se olvida y aun parece nada, cuando se ve abandonados á la inclemencia del tiempo, los templos santos del Dios de los Ejércitos y á los ministros del Altísimo errantes y disfrazados, huyendo de la *filantropía* del Gobierno que los persigue é impide el ejercicio de su santo ministerio, para evitar, segun dicen, que fanaticen al pueblo y le corrompan.

En la gran basílica de Milan, en esa catedral, maravilla del arte, el monumento mas rico de la arquitectura gótica, cuya imponente magestad y hermosura, inspira tanta admiracion como respeto; han sido decapitadas centenares de las estatuas que le decoran y rotos muchísimos mármoles de sus elevadas torres, por los soldados que, no hace mucho tiempo, se acuartelaron sobre sus artesones; notándose que hasta hoi no hai ni voluntad ni dinero para restaurarlo, á pesar de los recursos que tiene el Gobierno, ya sea apropiándose con este pretexto de las caridades y obsequios que hacen los devotos de San Antonio en el santuario de Padua, ó con la venta de las falsas medallas de San Cárlos Borromeo en la mencionada basílica.

¿Qué hubiera sido Roma sin los Papas? ¿Qué seria actualmente? Fácil es responder á estas preguntas:—Hubiera sido un perpetuo campo de batalla, por

la ambicion de pequeños tiranuelos, tal vez el patrimonio de un déspota ó un vasto campo de desolacion, como lo son hoy las ciudades de Palestina; seria ahora lo que todas esas ciudades que, envanecidas con los recuerdos del pasado, reposan indolentes é inertes sin ocuparse del presente; seria como la España, que ocupada hoy de las glorias de Carlos V, ó de la vida privada de Isabel II, descuida su literatura y las exigencias del siglo XIX; y se entrega al primer Rey que encuentra; seria como esas ciudades decrepitas, que á cambio de que las llamen Marquesas y de ver tapizados sus salones con cuadros de armas y cuadros de familia, les importa poco las frecuentes visitas de sus acreedores; seria como aquellos países donde con manos vivas se han arrebatado las propiedades de manos muertas; seria, en fin, como la frísimá Italia, abundante de principios y doctrinas teóricas y con algunos millones de déficit práctico en el presupuesto, gobernada por hombres que, por llamarse unificadores de la Italia, son capaces de declarar oficialmente que el cero á la izquierda de la unidad, aumenta su valor. Roma sin el Pontífice, será una ciudad abandonada, donde de vez en cuando aparecerá algun viajero amante de la historia y de las artes que sacrifique su dinero y comodidad por conocer las ruinas del Coliceo y del Capitolio, ó la arquitectura de San Pedro; mientras que hoy muchos millones le dejan los católicos, por admirar las solemnes funciones de Semana Santa, contemplar las maravillas del vaticano ó solo besar la sandalia del sucesor de San Pedro. Rebajarán los ingresos de los caminos de fierro, no tendrán concurrencia los fondistas y posaderos, ni consumo los costosos almacenes de estampas, cristales y joyas de la calle del Corzo: almacenes, cuyas mercaderías se renuevan hoy diariamente, cuando en los de Turin y de Milan se encuen-

tran por muchos meses espuestos al público los mismos juguetes y figuras obscenas.

V.

Transmitiéndose las impresiones por medio de los sentidos, el hombre es naturalmente inclinado á admirar el lujo que le deslumbra, la magnificencia que le sorprende y la régia pompa y magestad que le intimida. Es una triste verdad que la gala del vestido y la apariencia de riqueza, atrae las consideraciones y respetos sociales. El brillo del poder deslumbra y magnetiza á la multitud. Fundándose en estas preocupaciones, y despues de alegar razones incontestables, se ha demostrado tambien la necesidad de que en el culto exterior haya, si es posible, no solo decencia sino lujo. Por los mismos motivos, creo tambien que la cabeza visible de la Iglesia católica y el representante de Jesucristo en la tierra, debe tener el esplendor digno de su alto destino, y decir como Bonifacio VIII *yo soi Emperador, yo defenderé los derechos del imperio, ved dos espadas; ved al sucesor de Pedro, ved al Vicario de Cristo.* El dia que Pio IX se presentase al pueblo romano, cubierto con un pobre sayal y empuñando un tosco cayado, dirian todos por un momento, he aquí un santo; pero mas tarde, mui pocos se arrodillarían á recibir su bendicion, quizá alguno besaria su vestido, y el mismo pueblo que hasta ahora ha regado siempre flores en su camino, lo sembraria de espinas, dejándole pasar desatendido, y sin fijarse en el elevado rango y gerarquía, del único mortal de cuyos labios fluye la verdad dogmática que el universo católico está obligado á creer.

La humildad evangélica se hermana bien con la dignidad, y casi siempre es su constante compañera,

y bajo el manto de púrpura se la encuentra mas frecuentemente que bajo el oscuro vestido de una devota. Mas orgullosa es la falsa modestia y la hipocresía, que la franqueza digna y arrogante; Diógenes en la tina era mas orgulloso y soberbio, que Platon en los dorados salones. La pobreza que preceptúa el Evangelio no es incompatible con la pompa de los Obispos y de los Pontífices; porque así como se puede morir de sed al medio del Océano, se puede tambien ser pobre al medio de la abundancia; el ayuno y la penitencia son mas meritorios con la presencia de un manjar succulento y de un lecho de plumas. El Papa hace mas mérito siendo pobre entre las riquezas del Vaticano y penitente al medio de los voluptuosos jardines del Quirinal.

Es innegable que la Cabeza visible de la Iglesia católica debe ser libre é independiente de toda influencia y presion; y, por el dominio que ejerce en las almas, debe estar colocada á la altura de los Emperadores y Reyes; porque la Religion y el Estado tienen la misma liga que el espíritu y el cuerpo; cuando la inteligencia reflexiona y la razon ordena, el cuerpo ejecuta humildemente, si la cobardía ó el vicio no se lo impiden; de la misma manera, la Religion manda y el Gobierno obedece si no es vicioso ó ateo.

Los que han querido realizar la útópica separacion de la Iglesia y el Estado, han contribuido á estrechar mas los lazos que unen estos dos poderes y provocado tristes conflictos que se podian evitar. En este siglo en que casi todos los gobiernos, olvidados de sus deberes religiosos, buscan el progreso por caminos extraviados, ó lo que es lo mismo, la luz en las tinieblas; es inevitable la pugna con la Iglesia, la cual no debe ni puede ceder á las exajeradas pretensiones é impías demandas que se le hacen con el frívo-

lo pretexto de *exigencias del siglo*. Hoi que la Italia es el semillero de falsos principios y que su maquiavélico Gobierno los empieza á plantear, apropiándose de los bienes de la Iglesia, persiguiendo á sus inofensivos sacerdotes, extinguiendo los institutos religiosos; en una palabra, proclamando la libertad de conciencia para legislar en asuntos eclesiásticos, ¿seria posible que el Pontífice destituido del poder temporal, único capaz de contener á los hombres sin creencias ni fé, pueda cumplir su mision divina? En medio de las bayonetas de un ejército educado por Garibaldi y alimentado por Víctor Manuel, ¿podrá ejercer la soberanía espiritual sin obstáculos ni impedimentos? Suponerlo solo, seria locura. La mentira calumnia á la verdad y la aprisiona y maltrata, para esconder la vergüenza y remordimientos, y esta es la razon por la cual un soldado inmoral tiene que ser enemigo de un Pontífice virtuoso, esclavizarle, escupirle y azotarle como á Cristo, y tratar de eclipsar su brillo con la negra nube de la calumnia, para lucir en la oscuridad; ¡Pálida chispa de un insecto que desaparecerá al primer rayo del sol!!!!

Imitando al ingrato pueblo que gritaba muera Jesus y viva Barrabas, la turba masónica pregoná tambien, muera Pio IX y sálvese la unidad italiana; falta saber si en los inescrutables decretos del Altísimo está escrito ya el dia en que deben enmudecer: ¡ay de ellos si la medida está llena y no lejana la hora de la expiacion!

VI.

Las *unificaciones* han llegado á ser la mas perjudicial preocupacion de este siglo; con este nombre se ha disfrazado la ambicion para conquistar, oprimir á los

pueblos y derramar su sangre. Lo que con mas franqueza se denominaba ántes conquista, hoi se llama hipócritamente unificación. La Francia no se creía ni se creerá jamás unificada, sin extender sus fronteras hasta el Rhin; la Alemania completará su unidad con la Alsacia, la Lorena y Luxemburgo, que pretende apropiarse sin derecho; la Rusia, destruyendo la Polonia y engalándose con sus despojos, anulando los artículos del tratado de Paris, para adueñarse del Dardanelos; y acumulando ejércitos para invadir la Turquía y extender sus vastos dominios en el Oriente, empieza la grande obra de la unidad rusa; la Inglaterra empezó á trabajar por lo mismo cuando arrebató Gibraltar á los españoles; la España quiere el Portugal para realizar el dorado sueño de la union ibérica; en la América del Norte se sostuvo una guerra monstruo por conservar la unidad que se completará, sin duda, con la pequeña república Dominicana; la Italia destronó al legítimo Rei de Nápoles; quitó á la Austria sus posesiones itálicas, y últimamente arrebató al Papa y á la Iglesia sus Estados y al universo católico Roma, cometiendo mil atentados por amor á la unificación de la Italia. También á la América del Sur llegó, no ha mucho tiempo, la necia manía de unificar, pues no faltó un octojenario iluso que, por unificar Colombia (contra la voluntad, por cierto, de las tres secciones que ántes la componian), promovió una guerra injusta y fratricida, y cuando, á pesar de la victoria, encontró como la zorra de la fábula, las uvas verdes, trató todavía de partir el Ecuador con su cortante espada, para la unificación de Colombia y el Perú.

Todas estas unificaciones han producido males positivos á la humanidad, impidiendo su progreso, atacando el catolicismo, entronizando la demagogia y la tiranía popular mas temible, en mi concepto, que el ab

solutismo de los Gobiernos de la edad média, ó la dictadura de un solo hombre. No consiste el verdadero progreso de una Nacion en el aumento de territorio ni de riqueza, ni es regla para juzgar de su adelantamiento el número de batallas y victorias. Las ciencias, las artes, la justicia de las leyes, la moral de los pueblos; en una palabra, la práctica de la virtud, es lo que caracteriza la verdadera civilizacion. Méenos yerra el pueblo que deifica la Paz, que aquel que diviniza la Guerra. Recuerdos mas gratos evoca el arruinado templo de la Concordia en Roma, que la columna de bronce de la plaza Vandome en Paris. Mas respeto inspira el paciente Pio IX con su blanca túnica y su breviario, que Víctor Manuel con su brillante uniforme y su descomunal espada. Si por desgracia el espíritu belicoso del siglo no cambia, y los males que affigen á la Iglesia duran mucho tiempo, retrocederémos á las épocas en que se estudiaba la nigromancia y se buscaba la piedra filosofal.

Algunos creen que el Gobierno Pontificio es eminentemente teocrático, y persuadidos de esta falsedad se empeñan en probar los inconvenientes y defectos de esta forma de Gobierno. La teocracia, dicen, es contraria al espíritu del siglo XIX, porque tiende al absolutismo; es la mas encarnizada enemiga de la igualdad, esclaviza á los pueblos y esterba la fraternidad de los hombres hasta que embruteciéndolos los unce al funesto carro del fanatismo. Creen que el sacerdocio, por sus elevadas funciones, es incompatible con el ejercicio de la autoridad temporal. Estas reflexiones que, sin ser todas absolutamente falsas, carecen las mas de fundamento, serian admisibles á discusion, si acaso no naciesen de un falso principio, pues el Gobierno papal no solo no es teocrático, sino que hasta entre las mas moderadas monarquías ocupa el lugar de preferencia

destinado para la mas liberal. La monarquía pontificia no es hereditaria, de manera que no hai el temor de que el Gobierno se perpetúe en una sola familia, los empleos y dignidades se adquieren por el mérito; mostrándonos la historia el hermoso ejemplo de un pastor ó un oscuro monge, que por su virtud, se ha elevado al Pontificado; cuyas leyes, inspiradas por la experiencia y aplicadas con justicia, son copiadas del mas santo y liberal de los códigos,—del Evangelio, y encaminan al hombre al supremo grado de felicidad, con el cumplimiento del mas hermoso de los preceptos: *Amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á sí mismo.*

La Iglesia al dictar sus leyes, no solo tiene por objeto el alivio de los males de la vida y la comodidad del mortal en la tierra; sino tambien su preparacion para la eternidad; no solo cuida de hacer al hombre sabio, rico y poderoso; sino tambien virtuoso, caritativo y humilde. Bien diferente de otros Gobiernos, compadece al delincuente, consuela al infeliz y alimenta al pobre desvalido sin despreciarle como á *consumidor improductivo*; en una palabra, ve en todo hombre un compañero de destierro, un hermano, un hijo. Este es el Gobierno que no conviene á los libres pensadores; este el que se opone al progreso; porque el orgullo no tiene en él cómo dar pábulo á la soberbia, el avariento no halla tesoros y riqueza, ni el demagogo esa funesta libertad, hija de la licencia y enemiga del deber; y es por esto que tanto trabajan por la estirpacion del poder temporal, por la caida del Pontífice, y mas que todo, por apropiarse los bienes de la Iglesia, blanco de sus tiros y objeto de su ambicion.

VII.

Miserablemente se equivoca el miembro degene-

rado de la familia de Saboya, si piensa cubrir el inmenso déficit del presupuesto y pagar la deuda pública del reino de Italia con los bienes que posee la Iglesia en los Estados Pontificios; porque lo que se adquiere sin trabajo é indebidamente, casi nunca se aprovecha y frecuentemente se despilfarra. Las inmensas riquezas que se encierran en Roma apénas serán suficientes para mitigar la sed insaciable y codicia sin límites de sus invasores, y para comprar la popularidad que tanto necesita, y de la cual carece Víctor Manuel.

La Iglesia es tan legítimo dueño de sus bienes como las Naciones y Reyes, y los institutos religiosos tienen tanto derecho á adquirir y poseer, como todas las sociedades y compañías.

Las opulentas Naciones de Europa deben prepararse á comprar en pública almoneda el inimitable cuadro de la transfiguracion, el de la comunión de San Jerónimo y todas las maravillas artísticas que el jenio de los Papas ha acumulado en las galerías del Vaticano. No será sorprendente encontrar en los salones de Don Amadeo 1º y del Príncipe Napoleon las lámparas de oro de Santa María la Mayor y los ricos candelabros de la basílica de San Pedro, ni tampoco ver la Vénus de Canova en el perfumado dormitorio de algun general, y á las Princesas y favoritas, adornadas con las esmeraldas y zafiros que la munificencia de Leon III regaló al *Sanc-ta Sanctorum*. Pero debe prepararse tambien el Rei usurpador á rendir estricta cuenta de todo esto al universo católico, y lo que es mas terrible, á Aquel que con una mirada puede hacer salir el Tiber de su lecho, y levantar los muertos de la Via Apia, para arrasar sus legiones y derrotar á pedradas á los profanadores de la Ciudad Eterna.

Inmensas ventajas creyó obtener la Francia con la amortizacion de los bienes eclesiásticos. El Obispo Ta-

lleirand, decia: "con los bienes y rentas clericales podrá la Francia dotar suficientemente al clero; amortizar cincuenta millones de rentas vitalicias; extinguir sesenta millones de rentas perpetuas, cubrir el déficit; suprimir los derechos de puertas, y la venalidad de los empleos rescatándolos; juntar, en fin, una caja de amortizacion, de modo que los contribuyentes al diezmo, que se encuentran ménos acomodados, se vean pronto aliviados de esta carga, y los demas puedan hallarse libres de ella al cabo de pocos años." Creia este iluso Prelado que el comercio progresaria, que aumentaria el producto de las contribuciones públicas, y que restableciéndose el crédito de la Francia, seria envidiada por las demas naciones. ¡Hermosos sueños que no se han realizado. Castillos áereos que jamás se han visto! como lo pronosticó un pobre abate, con estas palabras: "La direccion que administre las propiedades del clero absorverá en breve todos los productos. La religion y las almas sufrirán las tristes consecuencias de la desamortizacion, pues al primer cañonazo que introdujese el espanto en una parroquia, todos los curas temiendo perder su subsistencia, apelarán á la fuga; las parroquias de los campos quedarán abandonadas; el pueblo, sin amparo, sin freno, sin guia, dejará de respetar la lei y aprenderá al fin de todos estos desastres una gran verdad, demasiado olvidada; á saber, que el órden público se apoya en la religion, y que los ministros del culto deben tener lo necesario para su subsistencia, con absoluta independencia de los Gobiernos." Funestos presagios que hemos visto realizarse en una República que, impulsada por el genio de la impiedad, se apropió de los bienes de la Iglesia, é ignora hasta hoi lo que ha hecho de ellos; sin que ni una escuela, ni un colegio, ni un solo establecimiento de beneficencia se haya creado con su producto.

Aun suponiendo que una Nación tuviese imprescindible necesidad de las rentas y bienes eclesiásticos, para, satisfacer sus necesidades, y llegar al mas alto grado de prosperidad, ¿tendrá derecho para apropiarse de lo ajeno? ¿Es la necesidad justo título para disponer de lo que no le pertenece? Claro es que no; y si contra toda razon y justicia comete este atentado, cualquiera puede acusarla y demandarle ante el mundo. En consecuencia, no me cansaré de gritar: EL PALACIO DEL QUIRINAL, ESE MAGESTUOSO EDIFICIO CONSTRUIDO POR GREGORIO XIII, SIXTO V Y CLEMENTE XIII, EMBELLECIDO POR URBANO VIII, ALEJANDRO VII, INOCENCIO X Y PIO VII, HA SIDO ARREBATADO AL PONTÍFICE Y OCUPADO POR VICTOR MANUEL, EL DIA 1º DE ENERO DE 1871.—Escribamos los católicos este hecho y esta fecha con caracteres indelebles, para el cargo que tenemos que hacer en la próxima hora de la cuenta.....

No solo por deber de conciencia, sino tambien por gratitud, los pueblos de la América española deben mostrar su indignacion por los inmerecidos ultrajes que pacientemente sufre el inmortal Pio IX, pues conocida es de todos la solicitud paternal y el celo apostólico con que hace pocos años estableció en Roma el Colegio latino americano; obra civilizadora destinada á los americanos del Sur, i de la cual han aprovechado ya algunos ecuatorianos; plantel de la ciencia y la virtud destinado á preparar la semilla, que mas tarde en el nuevo continente debia prudar ópinos frutos; seminario donde se educaban misioneros que, con la cruz en la mano y saltando de breña en breña, llevarian la moral y la civilizacion á nuestras tribus salvages; profesores para nuestros colegios y virtuosos curas para nuestras atrasadas poblaciones.

Los católicos todos y mui especialmente los que co-

mo yo son devotos de María, tienen tambien que agradecer al actual Pontífice, la declaracion solemne del jamás disputado dogma de la Inmaculada Concepcion de la Madre de Dios; grande y magnífico hecho con el que pisoteó la quebrantada cabeza de la serpiente infernal.

La reunion del Concilio Vaticano y la definicion del dogma de la infalibilidad, no se olvidarán jamás. •

VIII.

La Santa Religion que nos ordena la paciencia y la resignacion en los trabajos y penas de la vida, el valor y la constancia en la lucha con la iniquidad; que nos fortalece con la esperanza, nos alienta con la fe y nos premia con la gloria; séanos el refugio y el consuelo en la afliccion que justamente sentimos por las desgracias de la Iglesia y su Pastor. Dios no abandonará á su pueblo ni entregará su grei en las garras del lobo. Dios no permitirá que padezca la justicia largo tiempo, pues si alguna vez concede á los malvados algun efímero triunfo, es para mayor honra y gloria de la inocencia. La cruz salió de un mar de sangre y de ignominia á coronar la cúpula del Capitolio.

La misericordia infinita del Altísimo impedirá que en el siglo XIX, en que mas se ha honrado á María, se riegue la sangre en la Ciudad Eterna, como en otro tiempo en la arena del Coliceo. No permitirá que le-tándose las ruinas de los templos de Vénus y de Marte, idolatre su pueblo y sirva de verdugo del representante de Jesucristo en la tierra; ni tampoco que Pio IX sea la víctima expiatoria de los pecados del género humano.

¡ Ilustre Pontífice, Venerable anciano, ! que con las manos elevadas al Cielo demandas perdon para vuestros enemigos, que con la abnegacion del justo no sien-

tes por Vos, sino por la religion, recibid los fervientes votos que por vuestra tranquilidad y la paz de la Iglesia hace el mas humilde de vuestros siervos; aquel que hace poco tiempo tuvo la dicha de besaros los piés y recibir vuestra bendicion; aquel que escuchó las palabras con que implorábais del Altísimo salud y prosperidad para todos los que desde remotas playas habíamos atravesado los dos Océanos por contemplar la amabilidad de vuestro semblante, para todos los que despues de haber admirado la ciudad, centro de la unidad católica y oido retumbar entre las bóvedas de la capilla Sixtina las tristes y vibrantes notas de Mustafá, al entonar el cántico con que David pedia perdon de su pecado, dejábamos con pesar la inmortal Roma, para volver al seno de la familia y del hogar, desde el cual jamás os olvidará

FRANCISCO JAVIER LEON.

Quito, 4 de febrero de 1871.

IMPRESA DE JUAN CAMPUZANO.